

Reseñas

David A. Brading, *Mito y profecía en la historia de México*, FCE, 2a. ed., México, 2004, 268 pp.

Con beneplácito hemos leído la nueva edición de esta obra que reúne ensayos sobre san Agustín y América, el republicanismo clásico y el patriotismo criollo, el patriotismo liberal, el darwinismo social y el idealismo romántico.

Lo segundo que llama la atención en la obra del doctor Brading es la erudición. Este autor se dirige siempre a las fuentes primarias, las cuales sabe interpretar de manera privilegiada gracias a su vasta cultura y al trato continuado con los clásicos. Leer directamente las fuentes originales implica mucho trabajo, pero en su discurso don David es sumamente discreto y reduce las citas textuales al mínimo, a lo verdaderamente esencial. Esto resulta en un estilo directo, casi desenfadado, que es a lo que se llama clasicismo. Es decir que la erudición no es un fin en sí misma sino el medio de alcanzar verdades depuradas; en suma, la erudición como un deber, no como una virtud en sí misma.

Digo que lo segundo es la erudición porque lo primero que llama la atención es el lenguaje del maestro. Su prosa sobria, viril, está tramada con adjetivos sumamente precisos y pertinentes y ocasionales metáforas que le dan vida a los asuntos que está historiando. Por ejemplo, escribe:

La ausencia de todo nombre en el texto —se refiere a un libro de Las Casas— revestía a la marcha de la conquista con el carácter impersonal de algún proceso infernal en el que manadas de lobos humanos corrían sueltos por los verdes pastizales para estragar grandes rebaños de ovejas humanas (p. 47).

El maestro se está refiriendo a un asunto bien conocido, pero, mediante el uso perfectamente bien medido de los calificativos, su historia adquiere la novedad, la frescura que cautiva el interés del lector. Éste es un recurso literario que en el siglo XIX llamaban dar “colorido de verdad”; esto es bien interesante, lo verdadero no se revela por sí solo, ni su transmisión depende de las referencias a pie de página: el auténtico efecto de verdad tiene que darlo el escritor con recursos literarios, y el doctor Brading lo logra con una gran economía de medios, con el color de ciertos adjetivos, aquí y allá con metáforas que dan vida a los personajes, veracidad a sus ideas y novedad a su discurso. Otro ejemplo del uso exacto de los calificativos es cuando el autor considera “La intrépida y loca decisión de Vasconcelos para tratar de alcanzar la presidencia en 1929” (p. 197). Todos estábamos de acuerdo con la locura de esa decisión pero, que yo sepa, nadie la había calificado precisamente así, con lo cual se da la medida exacta de la temeridad de la empresa. Permítanme un ejemplo más del tino para calificar; dice

Brading: “El falso imperio de Iturbide pronto dio lugar a una república federal dotada con una Constitución de papel igualmente falsa” (p. 260). La obra que analizamos demuestra que no se precisa una novela para que los personajes y los procesos de la historia adquieran vida, pero tal vez sí sea necesario que quien escriba sea un buen lector de literatura, incluyendo por supuesto a Walter Scott.

Todo el mundo está de acuerdo en que don David tiene una capacidad de síntesis fuera de serie, pero es interesante observar que esa capacidad se potencia con sus habilidades de escritor, y es allí donde citar a Brading se vuelve imperativo; quiero decir que define diáfaramente los procesos históricos, con una brevedad envidiable y —esto para mí es decisivo— con una escritura seductora. Por ejemplo, sobre Bolívar nos dice:

En resumen, los imperativos de su personal visión, que habían inspirado la heroica gesta de la emancipación, le apartaron también de las duras medidas necesarias para preservar a Colombia. Sería pues un error interpretar su retórica política y sus proyectos como una espléndida máscara de sus ambiciones personales, discernir los rasgos del Príncipe tras el disfraz del Libertador. Bolívar era esencialmente un hombre de acción, un soldado más que un estadista, que era impulsado a la acción por unas pocas ideas fuertes que había adoptado durante su estancia en Europa. Era ciertamente un Príncipe que había creado su propio Estado, pero también era un héroe republicano cuya gloria dependía de la estimación pública. A fin de cuentas, las doctrinas de Rousseau y de Maquiavelo, de la *virtù* personal y de la libertad pública, luchaban por la primacía en su alma (p. 110).

Es claro que sintetizar a Bolívar entre el Libertador y el Príncipe maquiavélico es un recurso retórico, en el sentido de que su personalidad incluía muchos otros factores; pero al hacerlo Brading ubica su discurso en los rasgos con los cuales el personaje adquiere su mayor significación. Es un esquema dialéctico de dos polos opuestos, y el escritor tiene el talento de no dar una síntesis final sino que nos deja al personaje en movimiento, en la dialéctica —la lucha interna de su alma— entre las ideas y la realidad política.

Otra gran virtud de don David es su estrategia narrativa. Los historiadores pueden dividirse en dos grandes grupos: los amantes de narraciones pormenorizadas y los que se arriesgan a dibujar cuadros del conjunto. Los primeros quieren fascinar con los detalles, pero esta estrategia siempre fracasa por la imposibilidad de narrarlo *todo*; como ha demostrado Arthur Danto, siempre habrá un detalle que queda fuera y, así, jamás se consigue un *maximally detailed account*. El historiador se encuentra en el mismo caso de un pintor, cuya misión no consiste en meter en el cuadro cada guijarro y cada brizna de hierba del paisaje, sino en transmitir el efecto del conjunto. En este aspecto, el doctor Brading es verdaderamente magistral, porque su obra no está tanto definida por temas de estudio sino por ataques, desde diferentes puntos, a los más amplios procesos de la historia. *Mito y profecía* es eso, un conjunto de ensayos diversos en donde la unidad se consigue en parte por la afinidad de los temas, pero sobre todo por el método y por el nivel y la penetración del análisis. Debe quedar claro aquí que ponderamos la gran capacidad de síntesis del doctor Brading, que es la que le permite dibujar grandes cua-

dros, pero eso no quiere decir que no haya investigado a gran profundidad; muy al contrario, su capacidad de trabajo es tal que en *Haciendas y ranchos del Bajío* da cuenta hasta de terrenos minúsculos (huertos de 92 varas por once) y en muchos casos indica el origen racial del propietario y si sabe leer y escribir.

Los que estamos acostumbrados a escribir monografías debemos estudiar la obra del doctor Brading. Él construye grandes cuadros, formados por mosaicos, y al plantearse cuestiones fundamentales, problemas de veras gordos, sus respuestas resultan sumamente pertinentes. Su método es el opuesto al de Niceto de Zamacois, quien escribió una historia de México en 21 volúmenes; en vez de querer narrarlo todo, que por principio es imposible, Brading ataca el núcleo de cuestiones seculares, especialmente aquellas que tienen relación con la historia de las ideas. En *Orbe indiano* don David cita, a manera de profesión de fe, las palabras de G. M. Young: “el verdadero tema central de la Historia no es lo que ocurrió, sino lo que la gente sintió acerca de ello cuando estaba ocurriendo”.

Tan clara defensa de la historia de las ideas es interesante, pues la obra del doctor Brading tiene dos grandes ramas: sus libros, en los que utiliza masivamente las fuentes de archivo y estudia la economía, quiero decir la fisiología de la sociedad, y aquellas que se refieren a la historia de las ideas, la *psique* social, y donde sus principales fuentes son las bibliográficas. En la primera vertiente, a la fecha ha publicado *Mineros y comerciantes en el México borbónico* (1971), *Haciendas y ranchos del Bajío* (1986) y *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán* (1994); la segunda vertiente está representada por *Los orígenes del na-*

cionalismo mexicano (1973), *Orbe indiano* (1991) y *Fénix mexicano* (2001).

Los personajes de sus libros, finamente adjetivados como hemos dicho, los podemos ver: por ejemplo, el Cristóbal Colón del inicio de *Orbe indiano* es sumamente plástico, tiene todo el “sabor a carne humana” que quería Marc Bloch, pues Brading retrata a un visionario, a un iluminado, que es el verdadero Colón, o, cuando menos, *el mejor* Colón, y cuando estamos a punto de conocer la fuente de las visiones colombinas, Brading se detiene y nos dice que sobre ello no informan nada los documentos, es decir que deja al lector que responda; esta complicidad me parece estupenda.

Una ventaja considerable de leer a Brading consiste en disfrutar el método comparativo que utiliza, de tal modo que la historia de América es vislumbrada en el contexto de la historia universal. Un claro ejemplo de ello es cuando narra el resultado de la derrota mexicana de 1848:

Después de la derrota infligida por los norteamericanos, México perdió sus esperanzas de convertirse en un gran imperio comparable a Brasil, heredero apropiado de la monarquía universal de España, y se convirtió en cambio en otra Polonia, un Estado fronterizo cuya independencia y cuya existencia misma estaban amenazadas por la fuerza expansiva de su vecino del norte (p. 117).

Otro ejemplo elocuente es cuando en *Mito y profecía* el autor afirma: “La reforma encontró su termidor y su directorio en Juárez, y su Napoleón en Díaz” (p. 147). Es importante señalar que con esta comparación Brading no pretende decir que fueran procesos absolutamente idénticos, sino más bien que los liberales radicales se

sintieron herederos de la revolución francesa. De este modo la historia mexicana se universaliza, es un capítulo de la historia del mundo.

Es notable que todas las dedicatorias de los libros de don David son a su familia: a su esposa Celia, a su hijo Christopher y a sus padres. Esto nos habla de un caballero y un hombre de integridad, pues las mujeres paren a los hijos y los llamamos nuestros hijos, pero en cambio los libros son “mis libros”. ¡Qué injusticia!

El que Brading incluya un breve ensayo sobre el estilo churrigueresco y su ambición por las alturas es un muy bienvenido aire fresco para los historiadores que, por definición, no debieran pasar por alto ningún tema, ningún asunto de la vida social.

Los apéndices que el autor ha agregado para esta segunda edición, que versan sobre Manuel Gamio, Allan Knight, Edmundo O’Gorman y los intelectuales y el poder, son igualmente fascinantes, y no exagero. La forma en que despliega don David sus argumentos provoca en el lector expectación, comienza uno a leer más y más rápido, o mejor dicho, a devorar el libro. Todo su trabajo erudito merece un detenido estudio, pero no menos merecedor de análisis es la forma en que el lector queda enganchado, atrapado por razonamientos seductores que lo obligan a leer el libro de un tirón. Todo esto es un efecto literario.

La elegancia del autor para hacer críticas o poner en tela de juicio la lógica de la argumentación de otros autores es ejemplar. Deja perfectamente claro que la obra que critica es valiosa, y que su único afán es aproximarse a la verdad. Esto me recuerda una frase que le gustaba a O’Gorman: “El debate es crisol donde se apuran y afinan las verdades”.

Don David utiliza —esto es una hipótesis— un modo de explicación científica, pero que tiene además un sustento mítico. Pues hay quien asegure que eso que llamamos verdades no son, en el fondo, más que metáforas de contados mitos. Hayden White nos diría que los textos de Brading no son romances pues no tienen un *final feliz*, ni tragedias porque tampoco tienen un final francamente infeliz; pero tampoco son ironías, pues los textos del maestro no provocan una sensación de vacío. Tal vez sean comedias, es decir, finales más o menos infelices pero, en el proceso, en la narración de la historia, hay momentos de reconciliación, cuando menos parcial, que nos transmiten el gozo de vivir, pero no por chistes o chanzas, sino mostrando momentos éticos, como en *Las Casas*, que a veces terminan por ser estéticos a la manera de los poemas históricos de Cavafis: el Simón Bolívar de *Brading* —tal vez su obra entera— es el correlato narrativo del hombre en llamas de Orozco, en el Hospicio Cabañas. Leer a Brading es convertirse en cómplice de la idea de que a pesar de todas las violencias de este mundo hay algo grande, verdaderamente espléndido en vivir.

Escritor de altura, historiador erudito para demostrar e imaginativo para explicar, y un caballero: ése es Brading.

José Ortiz Monasterio
INSTITUTO MORA

Marie-Laure Aurenche, *Édouard Charton et l'invention du Magasin Pittoresque (1833-1870)*, Honoré Champion, París, 2002, 534 pp.